

EL MITO DE EL DORADO Y SUS PROTAGONISTAS. APORTES FUNDAMENTALES EN TRES NOVELAS HISTÓRICAS: *URSÚA* (2005) Y *EL PAIS DE LA CANELA* (2008) DE WILLIAM OSPINA Y *EL CAMINO DE EL DORADO* (1947) DE ARTURO USLAR PIETRI

León González, Libertad*
Universidad de Los Andes
Venezuela

Resumen

El mito de El dorado ha sido desde el siglo XV una recreación del Nuevo Mundo para quienes protagonizaron el proceso de conquista, para los historiadores y también para los novelistas. En las novelas seleccionadas para el presente estudio la fundamental formulación del mito nace de los propios protagonistas históricos recreados en dimensiones diferentes, aunque todos apuntan a la concepción primigenia del mito.

Palabras clave: Narrador, ficcionalización, rebelión, mito, Nuevo Mundo.

Abstract

The myth of El dorado has been since the 15th century a recreation of the new world to who starred in the process of conquest, for historians, and also to the novelists. In the novels selected for this study the essential formulation of the myth comes from the historical protagonists recreated in different dimensions, although all point to the original conception of the myth.

Keywords: Narrator, fictionalization, rebellion, myth, New World.

*Magister en Literatura Latinoamericana. Profesora de la Universidad de Los Andes-Trujillo.
E-mail: lenlibertad30@gmail.com

Finalizado: Valera, Enero-2011 / Recibido: 27 de Enero-2011 / Aceptado: 3 de Mayo-2011

Todos dicen que el oro está amasado en la misma sustancia que el sol, y lo llaman la carne del dios en la tierra, la cara que puede mirarse.

William Ospina

El relato, tal y como lo afirma Víctor Bravo, “es la estructura disciplinante por medio de la cual el lenguaje integra los seres parlantes a lo real” (Bravo, 2001, p.63). En el caso particular de la novela, tal y como la concibió Lukács (1975) “es la forma de la aventura” (Lukács, 1975, p.356). En las novelas seleccionadas para el siguiente estudio, *El camino de El Dorado* (1947) de Arturo Uslar Pietri, *Ursúa* (2005) y *El país de la canela* (2008) de William Ospina, prevalece la forma de la novela histórica a partir de una doble ficcionalización del hecho narrativo, en tanto que, a partir de la historia documental de la conquista del Nuevo Mundo, en muchas ocasiones exagerada por los propios relatores de las fuentes documentales, en su mayoría crónicas y relaciones epistolares, se propone, en esta tríada de novelas históricas recrear la historia de los conquistadores don Pedro de Ursúa (1526-1561), el tirano Aguirre (1510-1561) y Cristóbal Aguilar y Medina (¿ ?), este último como ‘contador de historias’ anónimo en las novelas *Ursúa* y *El país de la canela* de Ospina, será en la Nota del editor de *El país de la canela* cuando se manifiesta de quien se trata. Expondremos aspectos de la redimensión del discurso narrativo en ambos autores.

Novela histórica y punto de vista narrativo.

La novela histórica acorta las distancias con relación a las fuentes documentales e intensifica el reconocimiento de los valores y las miserias humanas de los personajes que bien elige para su estudio y ficcionalización. La cercanía o el distanciamiento de la novela histórica, en tanto que relato, con relación a los hechos comprobados podemos percibirlo en términos de Genette (1989) “por su nivel narrativo (diegético o intradiegético) y por

su relación con la historia (heterodiegético u homodiegético)”¹. En *El camino de El Dorado* (1947) de Arturo Uslar Pietri el narrador heterodiegético, se ubica “ausente de la historia” (Genette, 1989, p. 299); para mostrar una mayor objetividad con respecto a la historia documental referida que lo coloca muy cercano a las consideraciones de Barthes (1987) sobre el discurso de la historia, donde “el enunciante anula su persona pasional, pero la sustituye por otra persona, la persona objetiva” es decir, la ‘ilusión referencial’ en la que “el historiador pretende dejar que el referente hable por sí solo”. (Barthes, 1987, p. 168). Este punto enunciativo le otorga a la novela de Uslar credibilidad y cercanía con respecto al discurso histórico propiamente dicho. Así comienza la novela: “El viento del Mar del Sur vuela en la noche inmensa sobre la costa y sube a la sierra del reino del Perú. Es el rumoroso marero que viene vagando sobre la remota y nocturna soledad del agua”. (Uslar, 1947, p. 11). Este párrafo particularmente nos recuerda la narrativa del realismo regional de su coetáneo Rómulo Gallegos y la célebre frase con que inicia su novela *Doña Bárbara* (1929) “Un bongo remonta el Arauca bordeando las barrancas de la margen derecha” (1929:7). Frase emblemática de la narrativa venezolana.

En la novela, *Ursúa* (2005) de William Ospina se retoma el formato de la crónica como relato de primera y segunda mano. La propuesta del narrador homodiegético “como personaje en la historia que cuenta” bajo la modalidad “en que el narrador no desempeña sino un papel secundario”. (Genette, 1989, p. 299), nos recuerda el punto de vista narrativo del cronista a lo largo de toda la novela. Fernando del Castillo Durán nos dice que “La crónica debe ser, por propia definición, un relato puntual, sino diario al menos si periódico de sucesos vividos y contados, a través de esa misma experiencia, por el autor” (Castillo Durán, 2004, p. 52). Aún cuando Alexis Márquez Rodríguez (1991) para referirse a la novela histórica enfatiza “que el autor no construyó su relato con

personajes y acontecimientos imaginarios, sino a partir de hechos históricos reales, a los cuales les dio un tratamiento adecuado para hacer con ellos una *novela*, y no una *crónica* o un libro de *historia*” (Márquez Rodríguez, 1991, p. 32). En *Ursúa* como en la crónica el narrador convence, hace uso de afirmaciones contundentes que evidencian la relación estrecha que existe entre el personaje protagonista, Pedro de Ursúa y el mismo narrador: “...y de él puede decirse, porque yo lo vi con mis ojos”. (Ospina, 2006, p. 114). Incorpora relatos que el mismo Ursúa le contó, pugna entre relatar la historia de Ursúa y su propia historia: “Y preferí su vida a la mía, porque yo me sentía víctima de mis circunstancias y él parecía el amo de las suyas” (Ospina, 2006, p. 470).

Es *Ursúa* la historia recreada del conquistador español, moldeado por el narrador como filigrana, desde la geografía humana del personaje hasta su recorrido vivencial hacia el Nuevo Mundo. Los sueños tempranos e ingenuos se transmutan; poco a poco va creciendo la ambición quebrantando “su oficio de niño deslumbrado por las leyendas...” (Ospina, 2006, p. 85). No en vano el encuentro entre Ursúa y su amigo testificador de sus hazañas, surge en las playas cálidas de Nombre de Dios, como si ambos estuvieran bendecidos al comenzar su amistad en un lugar geográfico con denominación divina.

El estilo detallado en la novela de Ospina colinda con la exuberancia del barroco. Carlos Fuentes (1994) describe el barroco del Nuevo Mundo como “arte de la abundancia basado sobre la necesidad y el deseo;...” (Fuentes, 1994, p. 206). La fecundidad de la novela descansa en varias formas estilísticas generadas en la misma instancia del narrador: los testimonios y la veracidad de casi todos los hechos contados, subrayados al final en la Nota que sirve de conclusión a las dos novelas de Ospina y donde destaca su veracidad. El testimonio de un narrador apócrifo pone en evidencia la riqueza de la escritura en la

novela. Además, la exposición de formas descriptivas de los grupos humanos del Nuevo Mundo a través de enumeraciones exquisitas de erudición:

Allá estaban los urabáes, que cambiaban mujeres por oro; los guazuzúes, que habitaban en lo espeso de los bosques; los nitanes que tejían delicadas telas de algodón; los cuiscos, que hacían cuencos de arcilla roja con forma humana... los belicosos nare, que se enterraban en túmulos y eran los dueños del sol de las profundidades... (Ospina, 2006, p.184).

El discurso narrativo se remonta constantemente en el tiempo: “Doce años atrás, también Robledo había sido socio de mi padre en el crimen de Cajamarca...” (Ospina, 2006, p. 182). La referencia a datos históricos fundamentales en los hechos suscitados como parte de su vida: “Pero esa historia, que es también la mía había comenzado casi veinte años atrás...” (Ospina, 2006, p. 205). La historia avanza tras la incorporación de otras historias, como las expediciones de Gonzalo Jiménez de Quesada, hacia Santa Marta; de Sebastian Belalcázar, desde el Perú y Nicolás Federman desde Coro, todas en busca de oro en la sabana de Bogotá, en la que resultará triunfante Pedro Fernández de Lugo. La especial recordación de la pugna y la codicia entre los conquistadores Heredia, Belalcázar y Robledo. O la exaltación del Rey Carlos V quien velará por enviar a América al Juez de Gobernadores de las Indias Occidentales, Miguel Díaz de Armendáriz y luego, al Obispo La Gasca con la atribución del poder imperial para “debelar la insurrección de los encomenderos...” (Ospina, 2006, p. 202). La amistad y protección que recibe Ursúa del ilustre cronista Juan de Castellanos, cuando pasa de perseguidor a perseguido. La ubicuidad del narrador también se manifiesta en las vivencias testimoniales propias, del mismo Ursúa o del padre del narrador, fiel acompañante de Pizarro: “Mi padre era como mi maestro Oviedo: siempre estaba por azar donde iba a ocurrir algo importante...” (Ospina, 2006, p. 206-7)

El lenguaje prolífico además exhibe muchas formas de imaginar y nombrar el mismo sueño dorado:

El oro rojo de las momias del Cuzco, las montañas de plata maciza, el extenso y perfumado País de la Canela, la selva lujuriosa de las amazonas, la ciudad de Cíbola, (...) la ciudad de las perlas, que era un cielo en la tierra y un infierno en el agua, el país de las tumbas de oro, la fuente de la eterna juventud de la isla Florida, la ciudad de las esmeraldas que Ursúa intentó edificar bajo una verde sombra de mariposas, y la siempre buscada y siempre escondida ciudad de El Dorado (Ospina 2006, p.208-209).

El estilo poético exhibe recursos retóricos como la anáfora para propiciar impresiones a lo largo de toda la novela, tal es el caso del uso del pronombre indefinido todos, usado como encabezamiento de una serie de afirmaciones. Así se aprecia en los siguientes ejemplos:

Todos los aventureros de Indias, soldados o jueces o clérigos, están templados en el mismo acero, y su temblor es el del arco tenso y el de la espada preparada y vibrante (Ospina, 2006, p. 77).

Todo ser nuevo que encontramos viene de otro relato y es el puente que une dos leyendas y dos mundos (Ospina, 2006, 9.125).

Todos los pueblos de estos reinos guardaron su memoria en objetos de oro (Ospina, 2006, p.143).

En *El país de la canela* (2008) del mismo autor William Ospina, segunda entrega de su tríada narrativa, el narrador se apropia de la escena por completo, dejando al personaje Ursúa como escucha de sus comentarios. Este narrador, partícipe de la conquista del Perú pasa a ocupar la estelaridad de la historia contada, nos encontramos en términos de Genette (1989), con un narrador intradiegético-homodiegético "...narrador en segundo grado que cuenta su propia historia" (Genette, 1989, p. 302). Se abre un relato que da continuidad a otro relato. *El país de la canela* (2008) avanza a partir de la aventura

que Pedro de Ursúa deja inconclusa al final de la novela *Ursúa*. En este sentido, la historia ficcional sigue la historia documental en apariencia, tomando el relato como paréntesis de la vida de Ursúa para introducir como punto relevante su propia historia que salta al tiempo cronológico hacia la conquista de los hermanos Pizarro en el Perú. Cúspide ficcional de la narrativa en Ospina.

Pedro de Ursúa después de dedicar toda su juventud a la empresa conquistadora en el Nuevo Reino de Granada continuará sus hazañas en busca del sueño dorado regresando al alto Perú. Mientras esperan el barco que los llevará al nuevo destino, su fiel amigo innombrado, se da la oportunidad de contar su propia historia. Se traza el relato desde una nueva perspectiva. Ursúa será su principal escucha en un acto de confesión. La esencia del distanciamiento y el enigma de la identidad del 'contador de historias' en el relato se mantiene. La historia que ahora importa no es la de Ursúa sino la del narrador en sus recuerdos atisba a decir a Ursúa: "Tu no sabes lo que era aquello y yo no quisiera repetirlo nunca" (Ospina, 2008, p. 98). La excusa para mantener el hilo de la historia atrapada en el testimonio de una sola voz dictaminadora es que el mismo Ursúa así lo quiso. El narrador dice:

Tal vez entenderás mejor que yo estas cosas que cuento, porque yo las viví por accidente y a ciegas pero tu buscas algo, todas estas historias para ti tienen un sentido. Basta ver tu mirada y tus gestos para entender que cada cosa que escuchas va ocupando un espacio en tus planes, y no será fácil convencerte de que estás intentando una locura... (Ospina, 2008, p.106).

El límite trazado entre personaje y narrador se diluye. El juego narrativo de las novelas de Ospina, tal y como lo concibe Genette (1989) "no vacila en establecer entre narrador y personaje una relación variable o flotante, vértigo pronominal que concuerda con una lógica más libre y una idea más compleja de la 'personalidad'" (Genette, 1989, p. 300).

Aguirre y Ursúa, destinos encontrados.

Al comienzo de *El camino de El Dorado* (1947) de Arturo Uslar Pietri la figura relevante será don Pedro de Ursúa, no imagina la magnitud de su soldado Aguirre, aún cuando en una carta don Pedro de Añasco le advierte tener entre sus tropas “los peores hombres del Perú”. Su secretario, Pedrarias de Almesto abriga un temor premonitorio sobre la figura de Aguirre. La respuesta del gobernador será: “A ese Aguirre lo conozco menos. Sé que tiene fama de loco, ... me parece demasiado viejo, demasiado cojo y demasiado hablador para que vaya a ponernos en jaque” (Uslar, 1947, p. 27). Esta confianza y el amor desmedido que profesa hacia su dama doña Inés de Atienza llevarán al gobernador Ursúa a convertirse en víctima del Tirano. En este sentido, la novela de Uslar sigue las apreciaciones del discurso histórico planteado por ejemplo, por Francisco Vazquez², quién siguió muy de cerca los pasos de Aguirre por haber pertenecido a su ejército de ‘marañones’, aún cuando desertó para seguir fiel a la corona española. Resulta indispensable reconocer el apego de la novela de Uslar a este tipo de testimonios, muy cercanos a la historia y que María Antonia Zandanel (2004) subrayó como una “clara intención mimética” en la que el narrador “asume como eje de este nuevo constructo ficcional, la formulación propia del discurso histórico” (Zandanel, 2004, p.123).

La figura de Aguirre al principio ocupa un segundo plano, conforma un pequeño grupo de hombres rebeldes acaso si despiertan alguna sospecha como traidores del gobernador Ursúa. Su silueta esmirriada, salpica en el lector digno de cierta compasión. Su abandono físico será compensado por la intensidad interior y el crecimiento progresivo de su rebelión.

La visión que nos muestra Arturo Uslar Pietri de toda la barbarie que pudo vivirse en El camino de El Dorado va *in crescendo* y es la figura de Aguirre lo que determina el tono trágico del relato. Es un ser convertido en bestia por la ambición de poder, por el

deseo de hacerse único. La muerte que ofrece Aguirre a sus traidores la más de las veces es a garrote, para que el sufrimiento se alargue y la vida se vaya perdiendo en cada golpe.

En la última parte de la novela el tirano declina en forma paulatina su autoritarismo, la fuerza ya no le sirve para mantener su dominio como caudillo. Su último periplo al entrar a Barquisimeto para enfrentarse al gobernador de El Tocuyo ya indicaba el ocaso de este sol de barbarie que fue Aguirre en la conquista de El Dorado. Su salud se agota, no obstante, la auténtica enfermedad es el abandono de sus tropas que pasan al bando del Rey. El perdón que nunca estuvo presente entre sus planes estratégicos y que aplica el gobernador de El Tocuyo a través de “cédulas de perdón” otorga a sus tropas la oportunidad de liberarse del demonio en que se había convertido. Aguirre siempre estuvo convencido de su proceder, reconocía su rebeldía al Rey Felipe II en su frase de despedida que enviara en una de sus cartas: “...y yo, rebelde hasta la muerte por tu ingratitud” (López, 1977, p. 240).

La atención del narrador en los personajes Ursúa y el tirano Aguirre en las novelas *Ursúa* (2005) y *El camino de El Dorado* (1947), respectivamente, se enlazan. Quién termina con los sueños y la vida de don Pedro de Ursúa es el tirano Lope de Aguirre. Las novelas de Ospina muestran una significativa distensión del tiempo de la narración, sin dar muestras definitivas del ocaso de este adalid de la conquista del Nuevo Mundo, don Pedro de Ursúa. En la novela de Uslar, en cambio, los eventos trágicos de ambos guerreros se desencadenan y el camino de El Dorado termina también como el tirano “como un farol apagado” (Uslar, 1947, p.259).

El Dorado reinvención de América.

Para el conquistador europeo el camino de El Dorado se constituyó en una posibilidad de riqueza, a medida que el tiempo transcurrió, se fue transformando de certeza preconcebida ante el hallazgo de las tierras minadas de tesoros, a fantasía creada, de manera racional

e irracional, vital y trágica hasta las últimas consecuencias a expensas de la vida de cualquiera.

Para un pensador como Arturo Uslar Pietri el problema de la otra América está en su percepción del futuro como alucinación latente, así lo percibimos cuando dice:

Más que en ningún otro ámbito histórico se ha pensado allí en términos de porvenir y lejanía. Más que el hoy ha importado el mañana, más que lo visible lo invisible y más que lo cercano lo lejano. La búsqueda de el dorado es una instancia ejemplar y extrema de esa mentalidad...Había un más allá en el espacio y el tiempo donde todo sería bueno y abundante (Uslar, 1974, p.10).

Desde la novela histórica la valoración del poder ficcional del mito se entroniza en cada referencia real, en cada personaje con una percepción histórico legendaria que ya poseen los anales de la historia documental. Beatriz Pastor (1983) reconoce en el proceso de la conquista de América la sustitución del “discurso de la rebelión al proyecto épico del discurso mitificador” (Pastor, 1983, p.405). Retomar estas visiones permite confrontar la validez de la historia con el ingenio de la fantasía narrativa. En el caso de Aguirre para algunos, de algún modo dejó “sembrados en el Amazonas, en Margarita y en Tierra firme, la semilla de la revuelta libertadora que siglos más tarde florecería en Caracas, en otro espíritu vasco” (López, 1977, p. 99). Sin embargo, muerto el tirano, convertido en cuerpo fragmentado, repartido entre las provincias de El Tocuyo, Mérida y Valencia queda para la historia y las discusiones que siempre se suscitan en el presente como un ser de contradicciones bélicas e inhumanas.

En contraposición a esta triada de novelas de Ospina y Uslar, se observa otra novela que tiene como referente el mito de El Dorado en otro punto geográfico, el Golfo de Paria. La llamada conquista de El Dorado en la isla de Trinidad, relatada por V.S. Naipul (2001). *La pérdida de El Dorado*. Es la historia de dos

relatos olvidados: La historia del final de la búsqueda de El Dorado en la que aparece la voz de Sir Walter Raleigh (1595-1617) y la historia de la isla de Trinidad sometida por los británicos, en particular, la historia de Puerto España. En esta novela prevalecen los desencuentros, el principal obstáculo de la empresa conquistadora lo constituyó la comunicación tardía o tergiversada del español, del inglés, del francés o emisarios de la corona y los mismos reyes. Aún cuando *La pérdida de El Dorado* es un relato que luce con un soporte documental exhaustivo, preciso y verosímil, el estilo desmotivado del narrador, alejado del mundo interior de los protagonistas, distancia el texto de una propuesta renovada del mito para la configuración de la novela histórica del siglo XXI. Más bien se percibe como un texto documental que sigue una secuencia histórica de los hechos reales sin mayores implicaciones ficcionales, creativas o estéticas que puedan atrapar al lector de la novela histórica de estos tiempos. De todos modos, se plantean diversos temas vinculados al proceso de conquista, tal es el caso, por ejemplo, del conquistador Antonio Berrío y su deseo de querer ser el tercer marqués del Nuevo mundo, después de Cortés y Pizarro. El plan consistía en bajar por el Orinoco hacia la región montañosa de El Dorado. No obstante, el viaje de Berrío no forma parte de la leyenda de El Dorado, sus documentos perdidos de los archivos imperiales se recuperan trescientos años más tarde, en consecuencia para la historia prevaleció el testimonio de Raleigh. “La leyenda de El Dorado, un relato dentro de otro relato, un testigo en otro testigo, había pasado a ser la mejor de las ficciones, indistinguible de la verdad”. (Naipul, 2001, 36-7), para seguir siendo particular motivo ficcional de la novela histórica de todos los tiempos.

Notas:

- 1 “Así pues distinguiremos aquí dos tipos de relatos: uno de narrador ausente de la historia que cuenta (ejemplo Homero de la *Iliada* o Flaubert en la *Educación sentimental*), otro de narrador presente como personaje en la historia que cuenta (ejemplo: *Gil Blas* o

Wuthering Heights) Llamo al primer tipo, por razones evidentes, heterodiegético y al segundo homodiegético”. (Gerard Genett: *Figuras III* 1989:299).

- ² Ver por ejemplo, Francisco Vazquez (1987). *El Dorado, crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre*. Madrid. Alianza.

Zandanel, M. A. (2004). *Los procesos de ficcionalización del discurso histórico en la leyenda de El Dorado*. Mendoza. Universidad Nacional de Cuyo.

Referencias bibliográficas:

- Barthes, R. (1987). *El discurso de la historia*. Barcelona. Paidós.
- Bravo, V. (2001). “El relato y la construcción de lo real” en *Lecturas y relecturas*. (Mérida, 10 al 14 de noviembre de 1997), pp. 63-75.
- Castillo Durán, F. del (2004). *Las crónicas de Indias*. Madrid. Ediciones de Intervención Cultural.
- Fuentes, C. (1994). *El espejo enterrado*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Gallegos, R. (1974). *Doña Bárbara*. Caracas. Biblioteca Ayacucho.
- Genett, G. (1989). *Figuras III*. Barcelona. Lumen.
- López, C. F. (1977). *Lope de Aguirre El Peregrino, primer caudillo de América*, Barcelona. Los Libros de Plon.
- Lukács, G. (1975). *La teoría de la novela*. Barcelona. Grijalbo.
- Márquez Rodríguez, A. (1991). “Raíces de la novela histórica”, en *Cuadernos de Cuadernos I*, pp.13-31.
- Naipul, V. S.(2001). *La pérdida de El Dorado*. Madrid. Debate.
- Ospina, W. (2005). *Ursúa*. Bogotá. Alfaguara.
- Ospina, W. (2008). *El país de la canela*. Bogotá. La otra orilla.
- Uslar Pietri, A. (1947). *El camino de El Dorado*. Caracas. Bloque Dearmas.
- Uslar Pietri, A. (1974). *La otra América*. Madrid. Alianza.